

Nuevamente, ¿qué poesía? (La poesía falsificada)

[El presente trabajo está integrado por fragmentos de varios capítulos de un libro en preparación del autor de *El último padre*.]

Dilema: ¿qué fue primero: el poema o la pregunta?

Tal como están las cosas es lícito preguntarse: ¿qué es más antiguo, *la poesía* o el desesperado frenesí (berretín) por definir, *qué es poesía*?

La lógica diría que primero nació la poesía, y que un minuto después (a lo sumo) nació la endemoniada pregunta.

Pero no siempre es lógico atender lo que la lógica dice.

De todas formas, más allá de la discusión, lo cierto es que la pregunta "*qué es poesía*" no se inauguró ni murió con Becker: es tan vieja, tan reiterada, tan abusada que siempre se vuelve fascinante, tentadora.

Creo que ahora hay que preguntarse: por qué, desde tiempos inmemoriales claudicamos el deseo *de responder definitivamente* a esa pregunta. Pienso que la pregunta subsiste en la medida en que no tiene respuestas convincentes. Las sucesivas respuestas son fragmentarias, insuficientes, están tan inspiradas por la momentánea y eventual moda que sólo sirven para incentivar, otra vez más, la dichosa pregunta.

Cada definición sobre *qué es poesía*, lejos de sofocar la llama de ese perpetuo interrogante sólo sirve para echarle leña al fuego.

Algunos consideran que esta falta de definición es frustrante, una desgracia. Por mi parte digo que ese sucesivo fracaso en el intento de liquidar el interrogante sobre qué es poesía es probablemente una desgracia, *pero una desgracia con suerte, una desgracia afortunada*.

Por qué una desgracia afortunada? Porque ese reiterado fracaso constituye una garantía de que *la poesía* sigue siendo

indefinible,
includicable,
indomable,
inapresable,
ingobernable,
insobornable,
es decir, LIBRE.

Una vez más, "qué poesía"

Si somos sinceros debemos reconocer, ustedes y yo, que en este momento estamos mordidos por la tentación de claudicar, de *cometer* otra definición más, para agregar a la milenaria lista.

Y ya que estamos, por mi parte, voy a morder la manzana de la tentación: voy a dar mi parecer sobre lo "qués poesía".

Antes que nada confieso que la mejor definición de poesía no la leí en ningún lado. La oí de boca de una presunta abuela mía que nunca tocó ni fue tocada por un libro (mi abuelo era extremadamente celoso, no iba a dejar que eso ocurriera). La tal abuela un día dijo definiendo a mi abuelo:

—*"Ese hombre no es imprescindible, pero es inevitable."*

Otro día, mientras desgranaba habas, definió nada menos que a la vida:

—*"La vieja Vida que todos Vivimos, no es imprescindible, pero es inevitable."*

En un atardecer lánguido, encaré resueltamente a mi abuela y con toda imprudencia y alevosía la pregunté:

—Abuela, rápido, dígame, qués poesía?

—*Si supiera, no te lo diría*—me contestó.

—¿Por qué no me lo diría, abuela?

—*Porque tengo sabido que del corazón de tus manos suelen brotar poemas . . . y hasta te dicen poeta . . .*

—Precisamente, por eso, abuela querida, usted que todo lo sabe dígame qués poesía.

—*Precisamente, por eso, nieto querido, a ti que todo lo ignoras no debo decir que es ESO.*

—Pero por qué abuela?

—*Porque mejor saldrán las uvas del parral si el parral no se pone a "pensar" en "hacer" uvas.*

—Abuela, qué me quiere decir con eso?

—*Si quieres ser poeta, ignóralo.*

En otros atardeceres lánguidos insistí con mi pregunta. Mi abuela insistió con su respuesta: "*Si quieres ser poeta, IGNORALO.*"

Los días y los atardeceres prosiguieron para mi abuela y para mí. Pero para ella llegó el último día con su último atardecer lánguido. La abuela me llamó para dejarme en las cuencas de las manos sus últimas palabras:

—*¿Sigues queriendo saber qués poesía?*—me preguntó.

—Sí, quiero saber ESO.

—*Por suerte aún no lo sabes, señal que aún eres poeta . . .*

—Abuela, aunque eso me cueste la vida, aunque eso me cueste la poesía, dígame qués poesía?

—*Te lo diré, pero no te lo diré: escucha: LA POESIA NO ES IMPRESCINDIBLE, PERO ES INEVITABLE.*

—¿Como el abuelo, como la Vida, abuela?

—*Sí, como el abuelo, como la Vida . . .*

Después de ESO mi abuela bostezó, inclinó la cabeza y se dedicó a dormir definitivamente.

Yo quedé en este ruidoso mundo, dando tumbos, escribiendo y leyendo poemas, queriendo saber y decir, *para toda la humanidad y para siempre, qués poesía.*

Y aquí estoy, con esa inconfesable y desmesurada pretensión. Y ya que estoy, y ya que estamos, adelante:

La guerra de los poetas, la guerra nunca nombrada

Desde que las guerras perdieron su ámbito de supuesta heroicidad, digamos, desde que se "deshumanizaron", los poetas, en todos los tonos han abominado de las guerras. Ese imprecatorio desprecio por las guerras es uno de los *lugares comunes* de la poesía.

Sin embargo, vaya contradicción, los poetas viven una guerra sin respiros ni treguas. Mejor digo, vivimos.

La guerra es entre sí. No hay nada peor para un poeta que otro poeta de voz, temperamento o edad diferentes. Los poetas *azules* quieren arrasar con los poetas *amarillos*. Y viceversa. Los poetas *flacos* quieren decapitar a los *poetas gordos*. Y viceversa. Los poetas *jóvenes* quieren aplastar a los poetas *viejos*. Y viceversa. Siempre "y viceversa".

Trasladada esta feroz guerra a términos más explícitos sucede que los *poetas herméticos* desprecian visceralmente a los *poetas directos*, o transparentes. Y viceversa. Los *poetas intimistas* abominan de los poetas realistas. Y viceversa. Los *poetas metafísicos* sienten asco por los *poetas sociales*. Y viceversa. Siempre viceversa.

La ferocidad en el mutuo desprecio no tiene, por lo común, términos medios cuando de poetas se trata. Los poetas nos transformamos en implacables inquisidores cuando nos llega el turno de considerar a un poeta de signo contrario al nuestro. No decimos "no lo entiendo". Decimos: "no sirve, hay que eliminarlo".

Que haya diferencias, discusiones y que éstas se planteen acaloradamente, apasionadamente es razonable, y sano. Precisamente, nada más estimulante que la *no unanimidad*. Nada más estimulante y generador.

Pero esta no unanimidad, cuando de poetas se trata, se traduce por lo general en una *guerra a muerte*. En esa guerra cada bando no trata de vencer al otro, trata sencillamente de aplastarlo, de borrarlo de la faz de la tierra, de *prohibirlo*.

Si uno le pregunta a *Jorge Luis Borges* por un poeta más o menos joven cuya poesía tenga signos de preocupación social, Borges fruncirá la nariz, y dirá: "Por suerte estoy ciego . . . la ceguera no deja de ser una dicha desde el momento en que me impide leer poetas tan abominables".

Si uno le pregunta a "Juan Pérez", un poeta joven con preocupaciones sociales, qué piensa de Borges, enarbolando su puño dirá: "Lo de Borges no es poesía. Habría que terminar con él y con sus asquerosos libros. Yo no ensucio mis pestañas con sus evasiones."

Este ejemplo del poeta Borges y el poeta "Juan Pérez" se podría multiplicar hasta el infinito.

¿Qué podemos decir de esta feroz guerra entre los altos y los petisos, los viejos y los jóvenes, los metafísicos y los sociales, los herméticos y los directos en la poesía?

Antes que nada debemos advertir que esa mutua y renovada ferocidad va

acompañada de una profunda falta de respeto hacia la *existencia* del otro. Tal actitud es *ridícula*. Ridícula, y vaya paradoja, *inhumana*. Porque los poetas de todos colores, si de algo se jactan, es de su fervoroso "*humanismo*". Pero el "*humanismo*" les dura, *nos* dura hasta el minuto en el que aparece un poeta diferente a nosotros. Entonces, sin discusión previa, se lo aniquila. El "*enemigo*" no debe ser "*convencido*"; debe ser "*eliminado*". Como en la guerra.

De ninguna manera estoy proponiendo la bonanza, la paz perpetua, una ecuménica conciliación entre poetas de signo diferente. No, eso, además de ser *utópico*, sería *hipócrita*, y además de ser hipócrita sería *aburrido*.

Pero los poetas, con demasiada frecuencia, olvidamos que la "*gracia*" de un coro radica en la *diversidad* de voces. Y ya que el ejemplo nos salió al paso, tratemos de imaginar un coro en el que los *baritones* quieren degollar a los *tenores*. Y viceversa.

Esto ocurre con nosotros, los nada fraternales poetas. Con una omnipotencia que en el fondo es puerilidad, imbecilidad, olvidamos que formamos parte de un coro.

La superpoblación de poetas

En el mundo hay varias superpoblaciones que son noticia y no dejan dormir a los profesionales del futuro. Hay superpoblación de autos, superpoblación de desodorantes, superpoblación de pobres.

Pero hay una superpoblación que no se nombra. Me refiero a la superpoblación de poetas. Si se hiciera un censo de las personas que han incurrido en un libro de poesía, si concretáramos tal censo nos caeríamos de espaldas, nos abollaríamos el venerado trasero.

Conozco a alguien que hizo el tal censo. Hace varios años, un poeta amigo que sufrió un surmenage, recibió del médico esta orden: "Usted por tres meses debe observar reposo intelectual absoluto. No podrá ni leer, ni escribir, ni trabajar en nada mental. A lo sumo podrá leer el periódico, pero nada más que tres minutos por día. Haga cualquier cosa para distraerse."

Mi amigo, como no tenía aptitud para los deportes, ni para coleccionar estampillas, buscó afanosamente cómo distraerse. Se le ocurrió hacer un "censo de poetas" en su comarca. Fue a la verdulería y preguntó. Fue al taller mecánico y preguntó. Fue al supermercado y preguntó. Fue a la salida de un cine y preguntó. Su sorpresa se renovó en cada respuesta. Desde luego no todos los encuestados resultaron poetas, pero sí todos declararon estar "implicados" con algún poeta. El "censo" de mi amigo reveló dos cosas: la primera, que al parecer no había nadie en el mundo que no tuviera a un primo, una hermana, una tía, o un vecino que había escrito un librito de poesía, y lo había publicado. La segunda, que casi todos los presuntos poetas se declaraban "*incomprendidos*".

Esta superpoblación de poetas y de libritos de "poesía" no debe alarmarnos apocalípticamente, pero sí puede servir de trampolín para que nos formulemos y respondamos algunas preguntas:

primera pregunta: ¿Por qué se escribe tanta poesía en el mundo?

segunda pregunta: ¿Qué ocurre con la poesía desde el momento en el que se escriben tantos, pero tantos libros, y “libritos”?

tercera pregunta: ¿Cómo es posible que, habiendo tan comprobada superpoblación de poetas, la poesía y los poetas “gocen” de tan aplastante impopularidad en el mundo?

Intentaré ser concreto y responder a esos tres interrogantes.

primera respuesta: La “obediencia” a un milenarismo mandato

¿Por qué se escribe tanta poesía en el mundo? Porque es más “fácil”. Esto, dicho así, parece una ligereza, un agravio, una torpeza. Calma, colegas-camaradas-hermanos poetas. Trataré de dar razones. Digo que es más fácil consumir un “librito” de poesía, porque sí, porque es más fácil. No es que *esencialmente* la poesía sea más fácil que la novela, que el teatro, que el ensayo. Lo que ocurre es que concretar *materialmente* un librito de poemas, de *supuestos* poemas es enormemente más factible que concretar una supuesta novela, un supuesto drama, o un supuesto ensayo.

La *facilidad* proviene de una cuestión de *tiempo* y *cantidad*. Normalmente, con la cantidad de horas, de palabras y de transpiración que se necesitan para redondear una novela mediana se pueden “*elaborar*” entre cinco a diez libritos de supuesta poesía.

Ya sé, mi agravio subsiste: mis colegas-camaradas-hermanos poetas en estos momentos deben estar ofendidos hasta en los rincones más apartados de sus respectivas almas. Dirán que todo lo reduzco a una cuestión cuantitativa. Pero, nuevamente, pido calma. Ya sé que al hecho creativo no se lo puede *pesar*, ni *medir*, ni *computar*. Eso es una burrada, o una herejía. O las dos cosas.

Lo que quiero decir es que el hecho cierto, evidente, de que se pueda “armar” un presunto libro con quince o veinte poemas muy *delgados*, muy estirados, y muy *aireados* predispone, facilita el acceso al género poético.

En otras palabras, esa circunstancia material y cuantitativa hace que mucha gente, que no se resigna a irse de este mundo sin haber cumplido el milenarismo mandato de “*tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro*”, no encuentre mejor, ni más *fácil*, ni más *rápida* solución que escribir un libro “*con*” presuntos poemas.

Será por el religioso cumplimiento de ese milenarismo mandato que hay superpoblación de poetas. Será por eso, para desgracia de la poesía, que hay más libros de poesía que de cualquier otro género. Aunque en las librerías no se los vean.

segunda respuesta: La poesía falsificada

Refloto el segundo interrogante: ¿*Qué le ocurre a la poesía, qué pasa con ella desde el momento en el que se escriben tantos, pero tantos libros de presuntos poemas?*

La respuesta se cae por madura: la *facilidad* genera *abundancia*; la *abundancia* degenera en *bodrios*; los bodrios, digamos el bosque de mediocridades, entorpece la visión de los verdaderos productos poéticos.

Y así como es más fácil consumir un presunto librito *con* poemas, resulta más *difícil* descubrir un libro *de* poemas, de poemas en serio. Muy sencillo: la aglomeración dificulta la elección.

Volvamos dos pasos: encontrábamos una de las razones de que se produzca tanta presunta poesía en ese mandato que indica que cuando una persona plantó árbol, tuvo hijo y escribió libro ya puede darse por “hecha” y encaminar feliz sus pasos hacia el sepulcro.

Muchísima gente obedece a ese irresistible mandamiento. Y lo obedece a costa de la pobre poesía. Que da para todo. Y para todos.

Se me ocurre de pronto una buena solución, triplemente beneficiosa para el mundo, para la poesía y para la ecología. Habría que modificar el mandamiento en cuestión. En adelante debería decir: “*Ya puede morirse, ya puede considerarse realizado, aquel que tuvo un hijo, y plantó DOS árboles*”. El segundo árbol suplantaría a la exigencia de escribir un libro. Todos saldríamos ganando con la modificación.

Pero no seamos alarmistas: el hecho de que algunos escriban un libro de poesía para cumplir el mandato de la “realización terrenal” trae inconvenientes, pero no es tan grave. Lo grave es que algunos reinciden, le toman el gusto a la letra impresa, y escriben un segundo libro, y otro más, y después ya no hay demonio que los frene. Así nacen los “*falsificadores de poesía*”.

Los simuladores de la “poesía hermética”

Ya que estamos en el terreno del sinceramiento y de las confesiones, demos otro paso más. Reconozcamos que, así como desde el punto de vista cuantitativo lleva mucho menos tiempo perpetrar un presunto librito de poesía que una presunta novela, de igual modo el género poético ofrece mayores posibilidades que otros géneros para la *simulación*, para el *simulacro*, para el *disimulo*, para la *impostación*. Habitualmente se confunde *poesía* con *lenguaje poético*.

Analicemos, por el momento, lo que ocurre con la llamada “*poesía hermética*”. En ella, aprovechando que el “hermetismo es hermético” y da para cualquier fechoría, se esconden muchos presuntos poetas.

Hay infinidad de autores que no se resignan a callarse la boca, que no tienen nada que decir, nada que comunicar, entonces acuden al *ropaje* de la poesía hermética. El hermetismo les sirve de *cortina de humo* para disfrazar sus irremediables anemias.

Pero ojo con los malentendidos: de ninguna manera estoy enjuiciando o cuestionando a *toda* la poesía hermética, no: estoy, eso sí, advirtiendo *cómo muchos se aprovechan de ella* para camuflar sus esterilidades creativas.

Para no ir muy lejos digamos que el *César Vallejo* de “Trilce” era hermético, pero lo era por necesidad imperiosa. El hermetismo no era para él un *disfraz*. Cuando Vallejo “destripa” las palabras lo hace, no para *juguetear* ni para *disimular*, sino para *expresarse*. Lo hace jugando la vida, *lo hace porque si no lo hace revienta*.

Los simuladores de la poesía directa

Dejemos el hermetismo. Crucemos a la vereda opuesta, a la vereda de enfrente, a la vereda de la llamada *poesía directa*, o *poesía conversacional*, o *poesía transparente*.

Desde luego que en la poesía hermética es *más fácil desorientar* al lector, es *más fácil encubrir* la ausencia de algo profundo que expresar.

Pero atención, porque en la poesía directa también se esconden infinidad de pretendidos poetas que tampoco se resignan a *callar lo que no tienen para decir*. Hay muchos poetas directos o transparentes que enarbolan la *sencillez* como un engañoso estandarte. Pero en realidad *no son sencillos, son simples*. Y no es lo mismo: la sencillez es *decantación*. La simpleza es *nada reducida a puerilidad*. La diferencia entre ser *simple* y ser *sencillo* es la misma que hay entre ser *mudo* y ser *callado*. Mudo es alguien que *no puede* hablar. Callado es alguien que *decide* no hablar.

¿“Cómo se produce el simulacro, la falsificación a través de la poesía directa? Se produce a través de lo que, con sentido generalmente oportunista y demagogo se llama “compromiso”, “*compromiso con la realidad*”. Y otra vez, rápido, es menester que abra el paraguas por si llueve: no es que pretenda por mi parte cuestionar el “compromiso con la realidad”. Lo que pasa es que *muchos usan ese “compromiso con la realidad” para disimular su anemia imaginativa*.

Estos fulanos falsificadores se reducen a registrar hechos, situaciones, personajes del contorno inmediato, pero lo hacen como cronistas vulgares. Es decir, *mediante la “envoltura” de otra forma de lenguaje pseudopoético a lo sumo hacen una especie de periodismo*, pero de periodismo precario. A través de las enumeraciones, pretendidamente críticas, disimulan su falta de *lubricación creativa, la sequedad imaginativa*.

¿Un ejemplo de poeta directo y sencillo? *Antonio Machado*.

¿Un ejemplo de poeta directo y simple? Deben de haber miles. Sería injusto individualizar a uno de ellos. Porque son voces que hablan por hablar, dicho redondamente, voces que hablan al cuete.

El mandamiento que está faltando: el número once

Dicho está: ni la poesía hermética ni la poesía directa son, de por sí, cuestionables. Son cuestionables los que se esconden en la oscuridad del hermetismo, o en la diafanidad de lo directo.

Por eso, a partir de ahora, será más conveniente hablar, no de poesía hermética, o intimista, o metafísica; no de poesía directa, o social, o comprometida, o testimonial. Es tiempo de hablar de *poesía-poesía* o de *poesía falsificada*.

Desgraciadamente la poesía en serio es mínima, ocasional y está virtualmente tapada por la hojarasca de esos simuladores que *no tienen nada que decir, pero lo mismo quieren decirlo*. No se resignan a algo tan hermoso y formidable como es el *callarse la boca*. No aprenden que, en boca cerrada, no entran moscas. Ni, de boca cerrada, salen moscas.

Hay mucha gente, a la vista está, que *no se resigna a no ser escritor*. Creen que es *obligación* escribir y, lo que es peor, publicar libros. Piensan que ser autor de libros es *ser mejores*. Y no es así: ser escritor es *una* de las cosas que suceden en este mundo. *Una*. Hacer un *libro* es un episodio tan importante y tan minúsculo como hacer una *silla*. Pero nadie, que se sepa, siente complejo de inferioridad por no saber hacer una silla, por no ser carpintero.

La cuestión es que, de los estériles no resignados se nutre el caudaloso ejército de "fabricantes" de poesía *impostada*, de poesía *falsificada*, de poesía *hipócrita*, de poesía *vacía*. Y el pobre mundo está tan abarrotado de "libritos" como de automóviles.

Yo creo que en las escuelas, a las gentes pequeñas, desde los más tempranos días se les debiera enseñar, no sólo *lo que es pecado*, no sólo los famosos diez mandamientos.

Habría que enseñarles, en una especie de postdata de los mandamientos, *lo que no es pecado*. Esa postdata debiera decir más o menos así:

"No es pecado pasar por el mundo sin haber escrito un libro de poemas."

"No se es menos hombre, ni menos mujer, por carecer de un libro de la propia mano."

tercera respuesta: La impopularidad mundial de la poesía

Refloto la tercera pregunta pendiente: *¿Cómo es posible que, habiendo tan comprobada superpoblación de poetas, la poesía y los poetas "gocen" de tan aplastante impopularidad en el mundo?*

Y agrego: *¿Cómo es posible que aún los llamados poetas populares sean tan precariamente conocidos en muchas zonas del mundo?*

Pienso que todo lo dicho anteriormente nos viene en bandeja para responder a esto. Pero hay que añadir algunas cosas.

Por lo común los presuntos poetas sienten especial *complacencia* en saberse *incomprendidos*. Más aún, se regodean, se masoquean, se hacen gárgaras hablando de lo *incomprendidos* que son. Pero, si somos sinceros (y optimistas) hay que reconocer que por lo menos a 80 (ochenta) de cada 100 (cien) poetas *incomprendidos*, en honor a la santísima verdad, *no hay nada que comprenderles*. Sus pavorosos *vacíos*, sus abundancias de *nada* (de una "nada" que no es la sartriana) los esconden detrás de *tabiques ilusorios*, unas veces; detrás de *panfletos*, otras veces.

Ese *lenguaje poético que se hace pasar por poesía* no es más que la apariencia de un traje llamativo con el que se trata de vestir a un cadáver, o a menos que a un cadáver, porque un cadáver es algo que alguna vez existió.

Esto explica, elocuentemente, por qué la poesía es impopular. Por qué a tantos poetas no los lee ni la madre que los parió. Tratan de hacer creer que la impopularidad se debe a que no se los entiende. Lo que en realidad pasa es que sus "*productos poéticos*" son pura cáscara, son nueces que cuando se las abre no se les encuentra nada adentro.

A esta altura de los siglos debiéramos tratar de terminar con la farsa, muy antigua, de que los poetas son unos *incomprendidos*. No se puede, *no hay por qué comprender lo que no existe*.

También es hora de terminar con el mito de que los poetas son tipos estropeados, tipos que, o *padecen hambre o son inapetentes*. Ser una piltrafa, *ser un desgraciado, no garantiza, para nada, ser un poeta*.

Las razones de la impopularidad de la poesía *no están, pues, en una incapacidad del mundo hacia la poesía, sino que están en una incapacidad sustancial de los poetas hacia el mundo*.

Debemos ser arrojadamente sinceros, de una vez por todas. No es que la poesía sea inalcanzable, *superior a la comprensión humana*. Lo que ha sucedido, con pavorosa frecuencia, es que *la poesía se ha disfrazado de poesía*. Ha ofrecido estupendas nueces que, una vez abiertas, no tenían nada adentro. Se ha poblado de mujeres embarazadas (por así llamar a ciertos poemas) que a la hora de parir no les ha salido nada, a lo sumo algodón.

En nombre de la inocente poesía se han cometido toneladas de *aburridos abusos, de aburridos agravios a la buena fe, de aburridos camuflajes, de aburridas estupideces* encubiertas por *palabras sin la semilla adentro*.

No es casual la reiterada utilización del adjetivo "aburrido": El implacable aburrimiento parece ser el común denominador de esta suma de simulaciones mal paridas que pretenden llamarse "poemas".

Ya es hora de terminar con esa vieja confusión en la que se debate la poesía. No hay que confundir *densidad* con *oscuridad*,

ni *profundidad* con *vacío*,
ni *hermetismo* con *complicación buscada*,
ni *sencillez* con *simpleza*,
ni *piel* con *barniz*,
ni *transparencia* con *hibridismo*,
ni *inocencia* con *tontería*,
ni *seriedad* con *aburrimiento*,
ni *sonido* con *ruido*,

ni hay que confundir un *pajarito* con un *avión*.

Quienes se benefician con la confusión, y la promueven, son los falsificadores de la poesía.

A río revuelto (confundido), ganancia de falsificadores.

A río revuelto (confundido), mayor prostitución de la poesía (con perdón de las prostitutas).

¿Qué hacer con los impostores?

Ustedes me preguntarán, ya que he llevado la denuncia tan lejos: *¿qué propongo hacer con los impostores que falsifican poesía?*

¿Quemarlos en una hoguera pública? NO. Para qué implicar al honorable fuego con esta calamidad.

¿Azotarlos públicamente cada primer día de la Primavera? NO. Terminarán doblegándonos mediante el recurso de la lástima.

¿Matarlos sin sumario previo? NO. Sería dignificarlos, porque generalmente la gente matada sin sumario previo es gente muy digna.

¿Confinarlos en una isla? NO. Porque no hay isla que alcance. Haría falta lo menos un continente. Y quién sabe . . .

Y entonces, ¿qué hacer, santo cielo?

Yo propongo, solamente, que estemos *atentos*, que tengamos conciencia de la falsificación y de los falsificadores. Con esta toma de conciencia no será suficiente: los falsificadores seguirán falsificando con el respaldo de una nutrida brigada de críticos abúlicos y rutinarios.

Bueno, en adelante, pienso que tenemos que resignarnos. Después de todo no debemos ser tan apocalípticos: justamente no vamos a empezar a hacer rigurosa justicia con los presuntos poetas, con los poetas postizos. Hay mil cosas más graves en el mundo, que merecen urgente justicia y mayor preocupación. Por ejemplo, *la difusión del hambre* (y no por moda, precisamente). Por ejemplo, *el peligro que corre la Vida de la Vida* misma en el planeta.

Frente a esos dos "problemitas", el asunto de los poetas falsificadores se vuelve cosa secundaria, cosa que podemos dejar para mañana o pasado mañana.

Postdata, casi advertencia:

Mariano José de Larra, a propósito de uno de sus artículos dijo alguna vez más o menos esto: si alguien se siente ofendido, retratado por lo que expreso en el presente artículo, no espere que yo cambie mi artículo, mejor que cambie él, porque buena falta le hace. Yo reitero, ahora, esta reflexión de Mariano José de Larra. Por lo demás, para quien quiera charlar, conversar o discutir estoy disponible en el siguiente domicilio del mundo:

Cullen 5345—Dto 1
1431 Capital Federal
Argentina

Por el momento, eso es todo. Hasta pronto. O hasta después.

Rodolfo E. Braceli

